

## **ESTUDIO: LOS DIEZ MANDAMIENTOS**

### **ESTUDIO 7**

#### **SOLUCIONES ANTIGUAS... ¿PARA PROBLEMAS NUEVOS?**

por **LIDIA MARTÍN**

*Siempre me llama la atención cuando se critica la Biblia por ser un libro supuestamente anticuado, desfasado y fuera del contexto real en el que nos movemos hoy. Y no puedo evitar, por retorcido que pueda parecer a algunos, esbozar una sonrisa cuando, al acercarme una y otra vez a las líneas de nuestro libro maestro, encuentro referencias repetidas y soluciones más que acertadas a los problemas que, a pesar de nuestra mucha sabiduría humana, seguimos padeciendo. No son problemas nuevos, aunque lo parezca, sino con disfraces nuevos, manifestaciones diferentes a las que estábamos acostumbrados pero que, en esencia, cuentan con factores de origen y mantenimiento que nada tienen de original. Mutan, cambian, eso sí, pero tienen de fondo el más antiguo de los males: el pecado en el corazón del hombre.*

Pareciera a veces, viendo los niveles de desarrollo tecnológico e intelectual a los que hemos llegado, que hubiéramos alcanzado el tope de todo lo que se puede esperar de nosotros, que no hay reto que se nos resista o meta demasiado grande a la que debemos negarnos. Sin embargo, como ya adelantábamos, los problemas profundos que nos sacuden cotidianamente siguen siendo, en esencia, los mismos. Nadie como Dios mismo, que trasciende los tiempos, que los conoce y los gobierna, que no está sujeto a ellos, sino que los controla y los administra, que nos creó hasta el más pequeño detalle, para decirnos y marcarnos qué nos conviene más y cómo conducirnos en nuestra vida para que nos vaya bien. Ese era el objetivo de los mandamientos que el Señor dio a Moisés para que fueran trasladados a Su pueblo: que supieran y cumplieran los parámetros que Dios establecía, no como una forma de complicarles la vida, sino para que les fuera (nos fuera) bien.

Nuestros problemas reales hoy en día están muy lejos de tener que ver con el avance tecnológico, o las disquisiciones políticas, culturales o históricas, como a veces pareciera a raíz de lo que nos llega a través de los medios. Esos, entre comillas, casi podrían ser catalogados de "problemas menores". Tampoco son los más prioritarios, a pesar de la crisis, los temas económicos o laborales. Porque los asuntos que siguen quitándonos el sueño realmente se encuentran cerca nuestro, en nuestra casa, particularmente y más concretamente, asentados de lleno en el seno familiar. Y esto no es novedad, reconozcámoslo. Ya le sucedió a los más antiguos de nuestros predecesores y, al margen de que las otras dificultades que podamos encontrarnos en nuestro día a día sean muy importantes, toman un cariz completamente distinto, incluso secundario o superficial, a la luz de lo que primordialmente nos mueve a las personas: las relaciones familiares. De ahí que no sea, entonces, difícil de entender que algunas personas, cuando se encuentran en una situación grave en el hogar resten importancia a la abundancia material, a tener el trabajo perfecto o la mansión de sus sueños. Son capaces de vivir con lo poco que tienen, casi bajo mínimos en algunos casos, pero su corazón, lo que les preocupa, está en las personas que tienen cerca y lo que a éstas les ocurra. Y lo demás, pasa a un segundo lugar, por importante que a priori pudiera parecer, que lo es, pero sólo en cierta medida.

Cuando uno se acerca al texto de los diez mandamientos, descubre en él la sabiduría plena y profunda de Dios al recoger con una síntesis perfecta cuáles son los problemas del corazón del hombre, cuáles son sus tendencias, sus tentaciones, sus talones de Aquiles, por una parte en la relación vertical que establece con el propio Creador, pero por otra parte en la interacción horizontal que tiene con sus semejantes, entre los que se incluye, obviamente, la familia. Él estableció límites claros y concretos justo en aquellas áreas en que, efectivamente, somos más dados a caer y una de ellas es, sin duda, la que tiene que ver con las relaciones familiares. Nuestros hijos, nuestros padres, nuestros cónyuges son nuestros prójimos más próximos y aquí el mandato es claro: honra a tu padre y a tu madre, con un añadido tremendamente importante, no sólo porque sea el primer mandamiento con promesa, que también, sino porque implícito en su mensaje nos traslada una idea fundamental, y es que no pueden irnos bien las cosas cuando esto no se cumple.

Para muchos hoy, incluso dentro de nuestros círculos cristianos, la cuestión de la honra debida a los padres es un tema menor. Quizá estamos ya demasiado influenciados por el medio externo. Nos hemos acostumbrado y habituado a que los hijos, sean éstos niños, jóvenes o adultos, tratan a sus padres como si fueran iguales, como si se tratara de un amiguito de la calle, de un colega del instituto o de un compañero más de trabajo, perdiendo de vista el hecho real de que hay una

relación asimétrica que implica un comportamiento distinto. Los propios padres han tenido, en muchos casos, responsabilidad directa en esta cuestión, ya que, lejos de entender ellos en primera persona, lo que implica la honra que se les debe, pretenden ser, antes que padres (e incluso me atrevería a decir que muy por encima de esto), amigos de sus hijos. Yo, sinceramente, dudo que esto sea realista, por no hablar de que sea absolutamente contraproducente. Puedo entender que, ya en la edad adulta, cuando las obligaciones en cuanto a educación de los hijos han cesado, se puede establecer una relación menos desigual con los padres. Pero ni siquiera es esto de lo que estamos hablando. En otros casos son los propios hijos los que, al margen del buen hacer y el buen entender de sus padres, no aceptan el papel que les corresponde desempeñar en cuanto a honrar a sus padres, de forma que la figura del padre o madre como figura de autoridad está hoy más denodada que nunca. Hemos pasado, probablemente, de un extremo en el que los hijos se referían a sus padres con una dosis de respeto que, en el lenguaje, por lo menos, más recordaban a un cuartel militar que a una familia, a un trato tan relajado y tan laxo que uno no sabe muy bien quién ostenta la autoridad o a quién se debe la honra y el respeto. En los casos más exagerados, ya no es una cuestión de falta de buenos hábitos o de ser aséptico, simplemente, sino que hemos entrado de lleno en la presencia de malos hábitos y costumbres, lo cual es incluso peor. Y vuelvo a poner como ejemplo simplemente las denominaciones a los padres, porque de la abundancia del corazón recordemos que habla la boca. ¿Es mejor y más sano que algunos hijos se refieran a sus padres como "viejos" o "tíos" que como "señor" o "padre"? Pues probablemente, como en tantas otras cosas, la clave está en el equilibrio y ni uno ni otro extremo son buenos, pero más que en eso, el quid de la cuestión está en el significado real de lo que implica la práctica de "honrar", que no está especialmente de moda, reconozcámoslo.

Así las cosas, quizá, para entender cuál es la relación de honra a la que somos llamados, merece la pena que nos detengamos en la relación que Jesús, como Hijo de Dios, mantenía con su Padre. Aunque la Trinidad nos resulte una idea que nos supera y nos resulta, en nuestras facultades finitas, imposible de abarcar, podemos identificar que las tres personas que la componen tienen una relación igualitaria en el sentido de que todas son Dios. El Padre no es más Dios que el Hijo, ni éste lo es más que el Espíritu Santo. El Hijo fue desde antes de que el mundo fuera, al igual que las otras dos personas de la Trinidad, por lo que la paternidad de Dios Padre tiene matices completamente distintos a la paternidad humana. Pero aún desde esa relación de igualdad en cuanto a santidad, deidad y poder, los tres desempeñan funciones diferentes y así lo vemos al analizar, incluso en superficie, las relaciones entre ellos.

En particular y llevándolo al terreno que nos ocupa, a lo largo del evangelio encontramos a Jesús refiriéndose y dirigiéndose a Dios Padre en términos que nos arrojan una buena dosis de luz respecto a lo que significa dar honra y, a la vez, nos orientan a nosotros respecto a lo que debemos buscar, tanto siendo hijos como siendo padres, para que ese cumplimiento sea posible. Merece la pena que consideremos algunas de ellas valorando, a partir de ahí, aplicaciones de utilidad para nosotros:

Hay una relación de amor y de reconocimiento constante por parte de Jesús sobre quién es Su Padre, Dios Padre. Esto implicaba, no sólo tener presente en todo tiempo Sus obras y maravillas, sino la alabanza y adoración correspondientes. (P. e. Mateo 11:25 o Mateo 5:16, entre otros muchos.)

Jesús tiene en cuenta al Padre, no haciendo ningún movimiento sin considerar antes cuál pueda ser Su voluntad a pesar de que, como Dios encarnado, hubiera podido tomar Sus propias decisiones. Pero la autonomía y la libertad tal y como nosotros la entendemos no está en la esencia y naturaleza de la Trinidad. Jesús no es menos Dios por tener en cuenta a Su Padre y esto debe darnos pistas a nosotros. La oración es un elemento presente continuamente durante los años de Jesús en la Tierra, lo que nos habla de la importancia de la comunicación paterno-filial y viceversa. La usaba, además, como una forma clara de testimonio al mundo y, más concretamente, a los Suyos. (Ver, por ejemplo, Juan 17).

Más allá del hecho de considerar los deseos del Padre, Jesús somete Su voluntad siempre a la de Él, por lo que la idea de honra está también ligada a la sujeción y la obediencia, incluso en situaciones extremas, como la que Jesús presenta en Su oración en Getsemaní, rogando que, si fuera voluntad del Padre, pasara de Él aquella copa amarga que suponía Su muerte en la cruz. Sólo en aquellos momentos en que la voluntad de nuestros padres terrenales contradice la voluntad de Dios es que tenemos que reconsiderar nuestras prioridades y obedecer y amar a Dios sobre todas las cosas.

Jesús mismo hace mención explícita del mandamiento que nos ocupa y lo refuerza con la coherencia que se deriva de Su propia relación con Su Padre. Es más, no sólo especifica claramente el mandamiento en positivo, sino que muestra sus consecuencias ante el incumplimiento del mismo, recordando la ley, en que se decía "El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente" (Mateo 15:4). Tan importante era esta cuestión.

No se trataba solamente de un ritual externo, sino de una relación continua, estrecha y profunda con Su Padre que se manifiesta en Sus continuas referencias, la oración y comunicación con Él como una constante en Su ministerio y una coherencia en Su conducta que le llevaba a glorificar al Padre una y otra vez, siendo de testimonio a otros para que el Padre fuese conocido a través de Él. Esa era Su misión principal, a lo que había venido y de la abundancia de esa relación hablaba constantemente Su boca.

Jesús no vino a invalidar la ley, sino a cumplirla. Puso de manifiesto las incoherencias de los fariseos del momento. Desenmascaró a quienes pretendían escudarse en razones aparentemente piadosas para eximirse de sus obligaciones en cuanto a honra a sus padre (ver Mateo 15:13). Pero principalmente mostró un camino diferente, opuesto al que parece surgir inevitablemente de nuestra naturaleza pecaminosa. Es ese nuevo camino de gracia inmerecida al que también somos llamados en nuestra relación con otros, no importa cuán defectuosa sea o haya sido la labor de nuestros padres. Somos llamados a honrarles. Ellos no son perfectos. Nosotros como hijos tampoco lo somos, y ello hace que las relaciones sean harto complicadas. Pero en el ejemplo de Jesús mismo en relación con Su Padre y en el camino de gracia que Él puso por delante, el cumplimiento de la ley es posible, no por méritos, sino con la ayuda del único y santo Dios, que produce en nosotros así el querer y el hacer, por Su buena voluntad (Filipenses 2:13).

## **LIDIA MARTÍN**

*(Publicado en la revista EDIFICACIÓN CRISTIANA, Mayo - Agosto 2012. Nº 254. Época X. Permitida la reproducción total o parcial de esta publicación, siempre que se cite su procedencia y autor.)*